

WATT

EL señor Hackett dobló la esquina y divisó, en la luz que agonizaba, a cierta distancia, su banco. Parecía estar ocupado. El banco, seguramente propiedad del municipio o de la ciudadanía en general, no era suyo, como es lógico, pero él lo consideraba suyo. Así era la actitud del señor Hackett hacia las cosas que le gustaban. Sabía que no eran suyas, pero él las consideraba suyas. Sabía que no eran suyas porque le gustaban.

Se detuvo y prestó una mayor atención al banco. Efectivamente, no estaba libre. El señor Hackett veía todo un poco mejor cuando se quedaba quieto. Su forma de caminar era muy agitada.

El señor Hackett no sabía si debía seguir o darse media vuelta. Tenía amplitud de espacio a su derecha y también a su izquierda, pero sabía que eso nunca le iba a servir de nada. También sabía que no permanecería quieto mucho tiempo porque, lamentablemente, su estado de salud se lo impedía. El dilema, por tanto, era de una sencillez meridiana: seguir o darse la vuelta, para regresar, doblando la esquina, por el mismo camino por el que había venido. En otras palabras, ¿se iría a casa en seguida o se quedaría allí un poco más?

Alargó la mano izquierda y se aferró a una barandilla. Esto le permitió golpear el bastón contra la acera. La sensación, en la palma de la mano, de la goma dando golpes secos le producía algo de sosiego.

Pero, apenas había alcanzado la esquina, se volvió otra vez y se apresuró hacia el banco tan rápido como lo llevaron las piernas. Cuando estaba tan cerca del banco que, si hubiera querido, habría podido tocarlo con el bastón, otra vez se detuvo y examinó a sus ocupantes. Tenía derecho, se imaginaba, a permanecer de pie y esperar el tranvía. También estaban ellos quizá esperando el tranvía, cualquier tranvía, porque aquí paraban muchos cuando así se solicitaba, tanto por los que iban dentro como por los que estaban fuera.

El señor Hackett concluyó, al cabo de un tiempo, que si estaban esperando el tranvía llevaban esperándolo un buen rato. Porque la señora asía al caballero de las orejas, y la mano del caballero se posaba en el muslo de la señora y la lengua de la señora estaba en la boca del caballero. Cansados de esperar el tranvía, dijo¹ el señor Hackett, habían entablado amistad, momento en el que la señora retiró su lengua de la boca del caballero y el caballero metió la suya en la boca de la señora. Pues muy bien, dijo el señor Hackett. Dio un paso adelante para asegurarse de que la otra mano del caballero no estaba ociosa, y al señor Hackett le sorprendió encontrarla colgando, lánguida, a espaldas del asiento, con un cigarrillo entre los dedos consumido en sus tres cuartas partes.

—No veo yo ninguna indecencia —dijo el policía.

—Llegamos demasiado tarde —dijo el señor Hackett—. Qué vergüenza.

—¿Me toma usted por tonto? —dijo el policía.

El señor Hackett retrocedió un paso, estiró la cabeza hacia atrás hasta sentir que la piel del gaznate le iba a estallar y vio finalmente, a lo lejos, la cara enrojecida y violenta volcada con gran enojo sobre él.

¹ En esta obra nos hemos ahorrado un espacio muy valioso, espacio que de otra forma se hubiera perdido, al evitar el pletórico pronombre reflexivo antes de «decir».

—Agente —exclamó—, como que Dios es testigo, le estaba metiendo mano.

Dios es un testigo que no puede testificar.

—Si he interrumpido su ronda —dijo el señor Hackett—, le pido mil perdones. Lo hice con la mejor intención, por usted, por mí y por la comunidad en su conjunto.

El policía le soltó unas breves palabras por respuesta.

—Si cree que no tengo su número —dijo el señor Hackett—, está usted muy equivocado. Puede que esté achacoso, pero la vista la tengo excelente. —El señor Hackett se sentó en el banco, aún caliente por el acto amoroso—. Buenas noches y gracias —dijo el señor Hackett.

Era un banco viejo, bajo y gastado. El cogote del señor Hackett se apoyaba en un solitario tablero debajo del cual, sin impedimento alguno, le sobresalía la joroba, y los pies apenas rozaban el suelo. Al final de los brazos extendidos, todo lo largos que eran, las manos se agarraban a los reposabrazos y el bastón, enganchado al cuello, le colgaba entre las rodillas.

Así fue como vio, desde las sombras, pasar los últimos tranvías, bueno, quizá no los últimos, pero casi, y por el cielo y el sereno canal las prolongaciones de los verdes y amarillos de un atardecer estival.

Pero, de repente, un caballero que por allí pasaba con una señora cogida del brazo se fijó en él.

—Vaya por Dios —dijo—, ahí está Hackett.

—Hackett —dijo la señora—. ¿Qué Hackett? ¿Dónde?

—Si tú lo conoces —dijo el caballero—. Me has tenido que oír hablar de Hackett. Hackett el jorobado. Ahí, en el banco.

La señora miró atentamente al señor Hackett.

—Así que ese es Hackett —dijo.

—Sí —dijo el caballero.

—Pobre infeliz —dijo ella.

—Ah —dijo el caballero—, vamos a pararnos un momento, ¿te importa?, y le damos las buenas noches —avan-

zó, exclamando—: ¡Mi querido amigo! ¡Mi querido amigo!
¿Pero cómo está usted?

El señor Hackett alzó la vista, alejándola del día que casi llegaba a su fin.

—Mi señora —exclamó el caballero—. Le presento a mi señora. Mi señora, el señor Hackett.

—He oído hablar tanto de usted —dijo la señora— y ahora por fin lo conozco. ¡Señor Hackett!

—No me levanto, que me fallan las fuerzas —dijo el señor Hackett.

—Pero por supuestísimo que no —dijo la señora. Se inclinó hacia él, obsequiosa hasta echarse a temblar—. Por supuestísimo que no —dijo.

El señor Hackett pensó que iba a darle palmaditas en la cabeza o, al menos, a frotarle la joroba. Replegó los brazos y se sentaron junto a él, la señora a un lado y el caballero al otro. Esto dio como resultado que el señor Hackett acabó entre ambos. Su cabeza les llegaba a los sobacos. Se dieron las manos por encima de la joroba, sobre el tablero. Se deshacían en mimos hacia él.

—¿Se acuerda usted de Grehan? —dijo el señor Hackett.

—El envenenador —dijo el caballero.

—El abogado —dijo el señor Hackett.

—Lo conocía de vista —dijo el caballero—. Le cayeron seis años, ¿verdad?

—Siete —dijo el señor Hackett—. Seis años es poco frecuente.

—Diez tenían que haber sido, creo yo —dijo el caballero.

—O doce —dijo el señor Hackett.

—¿Qué es lo que hizo? —dijo la señora.

—Se excedió un poquito en sus prerrogativas —dijo el caballero.

—Esta misma mañana recibí una carta de él —dijo el señor Hackett.

—Oh —dijo el caballero—, no sabía que podían comunicarse con el mundo exterior.

—Es abogado —dijo el señor Hackett, para añadir— y difícilmente se me puede llamar a mí el mundo exterior.

—Pamplinas —dijo el caballero.

—Tonterías —dijo la señora.

—La carta venía con un texto adjunto —dijo el señor Hackett—, por lo que, conociendo su amor por la literatura, tendré el gusto de obsequiarles con esta primicia, siempre que no esté muy oscuro para leer.

—Una primicia —dijo la señora.

—Eso es lo que he dicho —dijo el señor Hackett.

—Aquí tengo un mechero de gasolina —dijo el caballero.

El señor Hackett extrajo un papel del bolsillo y el caballero encendió el mechero de gasolina.

El señor Hackett leyó:

A NELLY

—A Nelly —dijo la señora.

—A Nelly —dijo el señor Hackett.

Se produjo un silencio.

—¿Puedo continuar? —dijo el señor Hackett.

—Mi madre se llamaba Nelly —dijo la señora.

—No es un nombre infrecuente —dijo el señor Hackett—, yo mismo he conocido a muchas Nellys.

—Prosiga, querido amigo —dijo el caballero.

El señor Hackett leyó:

A NELLY

Para ti, dulce Nell, al caer las sombras

¡Bu, bu! ¡Bu, bu!

En cautiverio por ti

Lascivo se me torna el pensamiento.

¿Sale ella ya con Byrne?

¿Enreda Hyde con la mano entre sus faldas

Como antaño? Pregunto, y Eco responde: Sin duda.

*¡Bien está! ¡Bien está! Lejos, que esté lejos
¡Uy! ¡Uy!
De mí, chiquilla mía,
Tales goces ingenuos reprender.
Enciéndete con Byrne, enciéndete,
A Hyde no ocultes nada, salvo lo de Grehan.
Ocúltale ESO a Hyde y no ardas con Byrne.*

*¡Eso! ¡Prenda sin par de doncellez!
¡Cucú! ¡Cucú!
Ojalá pudiera yo
Tener certeza en mi mente
De encontrar en secreción
Bajo la flor de Cupido ¡Ay tontina!
El brote en flor de Diana en statu quo.*

*Y luego oscura osó prender mi alma,
¡Huu! ¡Huu!
Como si robara así
El murmullo que se hiciera
Epitalamio,
Y el virgo en mis sentidos esparciera
Los antegozos húmedos del tálamo.*

Basta...

—Más que de sobra —dijo la señora.

Una mujer con un chal pasó por delante de ellos. Vagamente se le veía la barriga, abultada como un globo.

—Yo nunca me puse así, cariño —dijo la señora—, ¿verdad?

—No que yo sepa, amor mío —dijo el caballero.

—Te acordarás de la noche en que nació Larry —dijo la señora.

—Sí que me acuerdo —dijo el caballero.

—¿Cuántos años tiene Larry ahora? —dijo el señor Hackett.

—¿Cuántos años tiene Larry, cariño? —dijo el caballero.

—Que cuántos años tiene Larry —dijo la señora—. Cumplirá cuarenta el próximo marzo, S. D. Q.

—¿Sí? ¿De qué? Es la implacable voluntad de Dios —dijo el señor Hackett.

—Yo no diría tanto —dijo el caballero.

—Señor Hackett, ¿le gustaría que le contara —dijo la señora— la noche en la que nació Larry?

—Ah sí, cuéntasela, cariño —dijo el caballero.

—Pues bien —dijo la señora—, esa mañana en el desayuno va Goff y me dice, Tetty, me dice, Tetty, amorcito, me gustaría mucho invitar a Thompson, Cream y Colquhoun a que nos ayuden a comernos el pato, si estuviera seguro de que te ves con ganas. Claro, cielo mío, le contesté yo, nunca me he sentido mejor en mi vida. Esas fueron mis palabras, ¿verdad?

—Para mí que fueron esas —dijo Goff.

—Bueno —dijo Tetty—, pues cuando Thompson entró en el comedor, seguido de Cream y de Berry (Coulquhoun, creo recordar, tenía un compromiso anterior), yo ya estaba sentada a la mesa. No había nada raro en eso, a la vista de que era la única dama presente. Tú no lo viste raro, ¿verdad, amor?

—En absoluto —dijo Goff—, de lo más natural.

—Apenas atravesó mis labios el primer bocado de pato —dijo Tetty—, cuando Larry pegó un brinco en mi útrero.

—¿Su qué? —dijo el señor Hackett.

—Ya sabe —dijo Goff—, su rútero.

—Qué sofoco tuvo que ser —dijo el señor Hackett.

—Seguí comiendo, bebiendo y hablando de cosas intrascendentes —dijo Tetty—, y Larry pegando brincos, como un salmón.

—Qué mal trago tuvo que ser —dijo el señor Hackett.

—Hubo momentos, puedo asegurarle, que pensé que saldría rodando por el suelo, a mis pies.

—Madre de Dios, entonces usted sentía que se deslizaba —dijo el señor Hackett.

—Mi rostro no se inmutó lo más mínimo —dijo Tetty—.
¿Verdad, cariño?

—Ni se inmutó —dijo Goff.

—Ni tampoco me abandonó el sentido del humor. Menudo pudin, dijo el señor Berry, me estoy acordando, volviéndose hacia mí con una sonrisa, pero qué pudin más rico, es que se deshace en la boca. No solo en la boca, señor, le contesté yo, sin dudarle ni un instante, no solo en la boca, señor mío. Espero no haber sido demasiado aterida con lo del dulce, pensé.

—¿Demasiado qué? —dijo el señor Hackett.

—Aterida —dijo Goff—. Ya sabe, demasiado aterida.

—A la hora del café y el licor, el parto estaba en pleno apogeo, señor Hackett, se lo juro por lo que más quiera, debajo de la mesa gimiente.

—En pleno apogeo, eso es —dijo Goff.

—Pero usted sabía que ella estaba embarazada —dijo el señor Hackett.

—Bueno, esto... —dijo Goff—, sabe usted, hum..., yo, ejem..., nosotros, ejem...

La mano de Tetty cayó con firmeza sobre el muslo del señor Hackett.

—Se creyó que me había vuelto una remilgada —exclamó ella—. Jajaja. Jaja. Ja.

—Jaja —dijo el señor Hackett.

—Estaba muy preocupado, lo admito —dijo Goff.

—Al final os fuisteis, ¿verdad? —dijo Tetty.

—Sí que nos fuimos —dijo Goff—, nos retiramos a la sala de billar, a echar una partida de slosh.

—Subí por esas escaleras, señor Hackett —dijo Tetty—, apoyándome en las manos y en las rodillas, aferrándome a las barras de la moqueta como si estuvieran hechas de rafia.

—Menuda angustia tuvo que pasar —dijo el señor Hackett.

—Tres minutos más tarde, ya era madre.

—Y sin ayuda —dijo Goff.

—Me encargué de todo con mis propias manos —dijo Tetty—, de todo.

—Cortó el cordón con los dientes —dijo Goff—, al no tener unas tijeras a mano. ¿Cómo se ha quedado?

—Lo hubiera partido con la rodilla si hubiera hecho falta —dijo Tetty.

—Eso es algo que siempre me he preguntado —dijo el señor Hackett—, lo que se siente al cortar el cordón.

—¿Lo que siente la madre o el hijo? —dijo Goff.

—La madre —dijo el señor Hackett—. Que no me trajo al mundo una cigüeña, me parece a mí.

—La madre —dijo Tetty— lo que siente es alivio, mucho alivio, como cuando se marcha un invitado. Los siguientes cordones umbilicales me los cortó el profesor Cooper, pero el sentimiento siempre era el mismo, de liberación.

—Entonces se vistió y bajó las escaleras —dijo el señor Hackett—, llevando al pequeño de la mano.

—Oímos los llantos —dijo Goff.

—Imagínese la sorpresa que se llevaron —dijo Tetty.

—Cream había realizado un tiro extraordinario, extraordinario, me estoy acordando —dijo Goff—. Nunca vi nada igual. Lo mirábamos sin rechistar conforme se disponía a efectuar la sutil jugada desde el extremo de la mesa, con la bola negra, además.

—Qué temeridad —dijo el señor Hackett.

—Un tiro imposible del todo, en mi opinión —dijo Goff—. Echó el taco hacia atrás para golpear cuando oímos los berridos. Se le escapó una expresión que no voy a repetir.

—Mi pobrecito Larry —dijo Tetty—, como si fuera culpa suya.

—No me diga más —dijo el señor Hackett—, es inútil.

—Estos cielos del hemisferio norte son algo realmente extraordinario —dijo Goff—, ¿no es cierto?

—Tan voluptuosos —dijo Tetty—. Cuando uno se cree que se han apagado van y, ¡hala!, vuelven a fulgir con mayor prominencia si cabe.

—Así es —dijo el señor Hackett—, hay prominencias y prominencias.

—Pobre señor Hackett —dijo Tetty—, mi *pobrecito* señor Hackett.

—Sí —dijo el señor Hackett.

—Ninguna relación con los Hacketts de Glencullen, me imagino —dijo Tetty.

—Ahí fue donde me caí de la escalera —dijo el señor Hackett.

—¿Qué edad tenía usted entonces? —dijo Tetty.

—Un año —dijo el señor Hackett.

—¿Y dónde estaba su querida madre? —dijo Tetty.

—Habría salido a algún sitio —dijo el señor Hackett.

—¿Y su padre? —dijo Tetty.

—Papá estaba cortando piedras en Prince William's Seat —dijo el señor Hackett.

—Estaba usted solito —dijo Tetty.

—También estaba la cabra, según me han dicho —dijo el señor Hackett.

Alejándose de la escalera caída en el oscuro patio, su mirada se extendió por los campos y los muretes tambaleantes, a través del riachuelo, y subió por la lejana ladera, ya en la umbría, hasta el despeñadero y el cielo estival. Se deslizó por los soleados prados, avanzó a duras penas cuesta arriba por la falda de la colina hasta el oscuro despeñadero y oyó el distante golpeteo de los martillos.

—Ella lo dejó solito en el patio —dijo Tetty—, con la cabra.

—Era un bonito día de verano —dijo el señor Hackett.

—¿Y qué la impulsó a desaparecer así de esa manera? —dijo Goff.

—Nunca le pregunté —dijo el señor Hackett—. La taberna, la iglesia, o ambas cosas.

—Pobre mujer, que Dios la perdone —dijo Tetty.

—La verdad, no me extrañaría si lo hiciera —dijo el señor Hackett.

—Qué rápido se está haciendo de noche —dijo Goff—, pronto estará oscuro.

—Entonces vámonos todos a casa —dijo el señor Hackett.

Al otro extremo de la calle, frente a donde estaban sentados, se detuvo un tranvía. Se quedó parado durante unos breves momentos y oyeron al revisor, enfadado, a voz en grito. Después continuó su marcha, dejándose ver, en la acera, inmóvil, una figura solitaria, cada vez menos iluminada por las luces que se alejaban, hasta que apenas se podía distinguir de la sombría pared que había detrás. Tetty no estaba segura de si se trataba de un hombre o de una mujer. El señor Hackett no estaba seguro de que no fuera un paquete, una alfombra, por ejemplo, o una lona enrollada, envuelta en papel oscuro y atada con un cordel por la mitad. Goff se levantó sin decir palabra y cruzó la calle en un santiamén. Tetty y el señor Hackett podían apreciar sus gestos impacientes, ya que su abrigo era de un color claro, y oír su voz, muy alta, en tono de protesta. Pero Watt ni se inmutó, por lo que pudieron ver; se inmutó tan poco como si fuera de piedra, y si dijo algo lo dijo tan bajito que no lo oyeron.

El señor Hackett no sabía en qué momento se había sentido más intrigado, es más, no sabía en qué momento se había sentido tan intrigado. Tampoco sabía qué era aquello que le había intrigado tanto. Qué será lo que me intriga tanto, dijo, siendo alguien a quien incluso lo extraordinario, hasta lo sobrenatural, me intriga tan pocas veces, y tan poco. No hay nada aquí, en absoluto, fuera de lo normal, eso lo puedo llegar a ver y, sin embargo, la curiosidad y el asombro me queman. La sensación no es desagradable, debo decir, y sin embargo no creo que pueda aguantarla más de veinte minutos o media hora.

La señora mostró también mucha curiosidad.

Goff volvió con ellos, muy enojado.

—En seguida lo he reconocido —dijo. Utilizó una expresión, refiriéndose a Watt, que no vamos a dejar por escrito.

—Desde hace siete años —dijo— tiene una deuda conmigo de cinco chelines, es decir, me debe seis chelines y nueve peniques.

—No se mueve —dijo Tetty.

—¿Se niega a pagar? —dijo el señor Hackett.

—No se niega a pagar —dijo Goff—. Me ofrece cuatro chelines y cuatro peniques. Eso es todo el dinero que tiene en el mundo.

—Entonces le tendría que devolver solamente dos chelines y tres peniques —dijo el señor Hackett.

—No puedo dejarle sin un penique en el bolsillo —dijo Goff.

—¿Por qué no? —dijo el señor Hackett.

—Se va de viaje —dijo Goff—. Si yo aceptara su oferta, se vería obligado a volver.

—Eso sería lo mejor que podría hacer —dijo el señor Hackett—. Quizá algún día, cuando todos estemos muertos, al echar la vista atrás diga, Ojalá el señor Nesbit hubiera aceptado...

—Nixon, así me llamo —dijo Goff—. Nixon.

—Ojalá el señor Nixon hubiera aceptado mis cuatro chelines y cuatro peniques esa noche, y así me habría tenido que volver, en lugar de seguir adelante.

—Todo mentira, me imagino, en cualquier caso —dijo la señora Nixon.

—Qué va, qué va —dijo el señor Nixon—, es de lo más honesto, de veras incapaz, creo yo, de decir algo que no sea cierto.

—Podía al menos haberle cogido un chelín —dijo el señor Hackett—, o uno y seis peniques.

—Ahí está, en el puente —dijo la señora Nixon.

Estaba parado, dándoles la espalda, vagamente perfilado de cintura para arriba contra los últimos jirones del día.

—No nos ha dicho su nombre —dijo el señor Hackett.

—Watt —dijo el señor Nixon.

—No recuerdo que lo hayas mencionado nunca —dijo la señora Nixon.

—Qué raro —dijo el señor Nixon.

—¿Lo conoce desde hace tiempo? —dijo el señor Hackett.

—No puedo decir que lo conozca de verdad —dijo el señor Nixon.

—Parece la cañería de un desagüe —dijo la señora Nixon—. ¿Dónde tiene los brazos?

—¿Desde cuándo no puede decir que lo conoce de verdad? —dijo el señor Hackett.

—Mi querido amigo —dijo el señor Nixon—, ¿a qué viene este interés repentino?

—No tiene por qué responder si no quiere —dijo el señor Hackett.

—Es difícil responder a eso —dijo el señor Nixon—. Me da la impresión de que lo conozco de toda la vida, pero tiene que haber habido un momento en el que no lo conocía.

—¿Cómo es eso? —dijo el señor Hackett.

—Es mucho más joven que yo —dijo el señor Nixon.

—¿Y nunca lo menciona? —dijo el señor Hackett.

—Bueno —dijo el señor Nixon—, puede que lo haya mencionado, no tengo motivos para no hacerlo. Lo cierto es que... —hizo una pausa— no se presta a ello, hay gente que es así.

—No en mi caso —dijo el señor Hackett.

—Ya se ha ido —dijo la señora Nixon.

—¿Ah, sí? —dijo el señor Nixon—. Lo más curioso de todo, mi querido amigo, para ser totalmente sincero con usted, es que cuando lo veo o pienso en él, me acuerdo de usted, y que cuando lo veo o pienso en usted, me acuerdo de él. No tengo ni idea de por qué me pasa esto.

—Vaya, vaya —dijo el señor Hackett.

—Ahora irá camino de la estación —dijo el señor Nixon—. Me pregunto por qué se habrá bajado aquí.

—Aquí es donde acaba la tarifa mínima —dijo la señora Nixon.

—Eso depende de dónde se haya subido —dijo el señor Nixon.

—No puede haberse subido en ninguna parada más allá de la terminal —dijo el señor Hackett.

—Pero ¿acaba aquí la tarifa mínima? —dijo el señor Nixon—, ¿en una simple parada de paso? Seguro que más bien acaba en la estación.

—Creo que tiene razón —dijo el señor Hackett.

—Entonces, ¿por qué se bajó aquí? —dijo el señor Nixon.

—Quizá le apetecía un poco de aire fresco —dijo el señor Hackett— antes de confinarse en el tren.

—¿Con todo el peso que acarrea? —dijo el señor Nixon—. Venga, venga.

—Igual se equivocó de parada —dijo la señora Nixon.

—Pero es que esto no es una parada —dijo el señor Nixon— en el sentido normal del término. Aquí el tranvía se detiene solo a petición. Y como nadie más se ha bajado y nadie más se ha subido, la petición debe haber partido de Watt.

Un silencio siguió a estas palabras. Entonces la señora Nixon dijo:

—No te sigo, Goff. ¿Por qué no iba a pedir que se detuviese el tranvía si era eso lo que quería?

—No hay ninguna razón, querida —dijo el señor Nixon—, pero que ninguna razón en el mundo para que no pidiera que se detuviese el tranvía, como sin duda eso fue lo que hizo. Pero el hecho de haber pedido que se detenga el tranvía demuestra que no se equivocó de parada, como tú sugieres. Puesto que, si se hubiera equivocado de parada, creyendo que ya estaba en la estación de tren, no habría pedido que se detuviese el tranvía. Porque el tranvía siempre se detiene en la estación.

—A lo mejor está mal de la cabeza —dijo el señor Hackett.

—A veces es un poco raro —dijo el señor Nixon—, pero es un viajero muy experimentado.

—Quizá —dijo el señor Hackett—, al comprobar que iba bien de hora, decidió hacer tiempo al aire fresco del atardecer y no en esa asquerosa estación de trenes.

—Pero perderá el tren —dijo el señor Nixon—, perderá el último tren si no sale corriendo.

—Quizá lo que quería era molestar al revisor —dijo la señora Nixon— o al conductor.

—Pero si no hay criatura más buena e inofensiva —dijo el señor Nixon—. Es de los que pondrían la otra mejilla, literalmente, si tuviera fuerzas.

—Quizá —dijo el señor Hackett—, decidió súbitamente no dejar la ciudad después de todo. Entre la terminal y aquí tuvo tiempo de repensarlo. Entonces, con la decisión ya tomada de que era mejor, al fin y al cabo, no dejar la ciudad en estos momentos, detiene el tranvía y se apea, porque es inútil seguir.

—Pero es que ha seguido —dijo el señor Nixon—, no ha regresado por donde ha venido, sino que ha seguido hacia la estación.

—Puede que esté yendo a casa dando un rodeo —dijo la señora Nixon.

—¿Dónde vive? —dijo el señor Hackett.

—No tiene una dirección fija, que yo sepa —dijo el señor Nixon.

—Entonces que vaya hacia la estación no prueba nada —dijo la señora Nixon—. Puede que esté ya durmiendo profundamente en el Hotel Quin.

—¿Con cuatro chelines y cuatro peniques en el bolsillo? —dijo el señor Hackett.

—O en un banco de por ahí —dijo la señora Nixon—. O en el parque. O en el campo de fútbol. O en el campo de críquet. O en el campo de bolos.

—O en las pistas de tenis —dijo el señor Nixon.

—Creo que no —dijo el señor Hackett—. Se apea del tranvía, decidido a no dejar la ciudad después de todo. Pero al pensarlo mejor se da cuenta del sinsentido de obrar así.

Esto explicaría su actitud una vez que el tranvía continuara su marcha y lo dejara allí.

—¿El sinsentido de obrar cómo? —dijo el señor Nixon.

—De regresar tan pronto —dijo el señor Hackett—, sin tan siquiera haber empezado el camino.

—¿Se fijaron en su atuendo? —dijo la señora Nixon—. ¿Qué era lo que llevaba en la cabeza?

—El sombrero —dijo el señor Nixon.

—La idea de dejar la ciudad era para él de lo más dolorosa —dijo el señor Hackett—, pero la idea de no hacerlo no lo era menos. Así que parte para la estación con la vaga esperanza de perder el tren.

—Puede que tenga razón —dijo el señor Nixon.

—Demasiado cobarde para asumir por sí mismo la responsabilidad de una decisión —dijo el señor Hackett—, la remite al frígido mecanismo de una relación espaciotemporal.

—Muy ingenioso —dijo el señor Nixon.

—¿Y qué supone usted que le asusta tan de repente? —dijo la señora Nixon.

—Difícilmente puede ser el viaje en sí —dijo el señor Hackett—, puesto que, como usted afirma, es un viajero experimentado.

Un silencio siguió a estas palabras.

—Una vez aclarado esto por mi parte —dijo el señor Hackett—, podría usted describir a su amigo con más detalle.

—Realmente no sé nada —dijo el señor Nixon.

—Pero debe saber algo —dijo el señor Hackett—. Uno no se desprende de cinco chelines para dárselos a un espectro. Nacionalidad, familia, lugar de nacimiento, religión, ocupación, recursos, marcas identificativas..., es imposible que ignore todo eso.

—Ignorancia total —dijo el señor Nixon.

—No es nativo del lugar —dijo el señor Hackett.

—Le digo que no se sabe nada —gritó el señor Nixon—. Nada.